

**Juan Arnau**  
Filósofo y ensayista

»»

Creo que fue Proust quien dijo que nuestra personalidad social era una creación del pensamiento de los demás. Pues bien, este libro ofrece un retrato de ese tipo, esbozado por aquellos que trataron y convivieron con Schopenhauer. Algo de verdad habrá en él, pues como matizaba Borges, todos nos parecemos a la imagen que tienen de nosotros.

Luis Fernando Moreno Claros recoge y traduce admirablemente testimonios, anécdotas y recuerdos sobre el filósofo. Desde los desencuentros con Goethe y las disputas con Hegel a encuentros con quienes le visitaban cuando ya era famoso, o episodios cotidianos de quienes compartían su mesa en el Hotel de los Ingleses, donde comía habitualmente (el almuerzo de caliente, la cena, fiambres y una jarra de vino). Hay también sitio para los paseos, convencido como estaba de que las mejores ideas advienen al aire libre, para el cortejo de Flora Weiss (y las posteriores calabazas), para las visitas al pabellón de los melancólicos (en la Charité de Berlín), para la música que tocaba a diario (interpretaba a flauta las óperas de Rossini), para ocurrencias y exabruptos impíos. Gracias a esta impecable edición podemos adentrarnos en su cuarto de estudio y verlo tumbado sobre el diván, con su levita gris, enfrascado en conversaciones sobre fantasmas, sueños y otras clarividencias. Escuchamos juicios inmisericordes sobre su altanería y su fabulosa capacidad de sobreestimarse, sobre su desprecio de las mujeres y su amorosa relación con Atman, un perrito de lanas que lo acompaña en los paseos y al que reprime llamándolo «hombre».

El libro es una invitación a compartir intimidad con el más huraño de los filósofos. Frauenstädt, que planteó inteligentes objeciones al concepto de voluntad, recordaría las semanas pasadas con el filósofo como las mejores de su vida. Schopenhauer camina con una inusual ligereza y, cuando la luz transfigura el paisaje, se detiene a contemplar el espectáculo a través de su monóculo. Momento que aprovecha para sentenciar: «la materia es un efecto, nunca un fundamento» o «no podemos saber a qué profundidad llegan las raíces de la individualidad». Sin duda el filósofo tenía un difícil temperamento. Tras romper con su madre, por la que sentía una abierta antipatía (por parlanchina y gastarife y por haber arruinado la vida de su padre) vivió aislado y nunca aprendió a llevar con paciencia las debilidades de los demás. Se convirtió en una especie de ogro de intimidantes ojos azul-grises, profundos pliegues en el rostro y afiladas patillas. Pero también tuvo facetas más amables, al parecer fue una persona extraordinariamente sensible y excitable. Si escuchaba una heroicidad se le llenaban los ojos de lágrimas y se le quebraba la voz cuando contaba un acto noble o conmovedor. Despreciaba todo lo superficial y vulgar, pero era capaz de mostrar una extraordinaria afectividad con aquellos cuyas virtudes apreciaba. Podía ser ameno y locuaz, sobre todo en los paseos, que acompañaba de su cigarro y en los que charlaba de todo cuanto se le ocurría. Era monárquico y enemigo de revoluciones. Conocía el griego y el latín, aunque nunca aprendió sánscrito, y muchas otras lenguas, entre ellas el español (fue un entusiasta lector de Gracián), el italiano o el francés, que consideraba una jerga. Tuvo gran estima por el inglés (decía que había sido concebido en Inglaterra, en un viaje de sus padres). Todas las tardes leía *The Times* y, a la hora de cenar, el *Frankfurter Postzeitung*, al que estaba abonado.

A diferencia de los «maestros del galimatías» como Hegel o Fichte, Schopenhauer fue un excelente escritor y su lectura puede proporcionar momentos de gran placer. Detestaba toda la parafernalia y el papanatismo del

Arthur Schopenhauer abrazó la filosofía para hallar respuesta al dolor de la existencia y desvelar el «enigma del mundo». Su obra fue tan popular que muchos apasionados lectores acudían a visitarlo a su casa de Fráncfort para oírle. Entonces el filósofo pesimista se reveló como un excelente conversador, alegre y siempre jovial. Este libro recoge testimonios de personas que escucharon de viva voz sus ideas.



CONVERSACIONES  
CON ARTHUR  
SCHOPENHAUER

Traducción, selección y  
notas de Luis Fernando  
Moreno Claros

► Acantilado  
368 PÁGS. 20 €



que observamos corresponden a una misma entidad que las trasciende: la voluntad. El filósofo lo ilustra con una representación teatral en la que los personajes se muestran antagónicos y en discordia, pero una vez terminada la función vemos a todos compartir la misma esencia, constatando lo ilusorio de aquella individualidad. Schopenhauer fue el primer gran filósofo en advertir un paralelismo entre las doctrinas brahmánicas y las platónico-kantianas. La cosa en sí era, por supuesto, la voluntad, que asociaba con el concepto de brahman-atman, mientras que los

fenómenos tenían una condición ilusoria asociada con el concepto de maya. Pero hay al menos dos diferencias fundamentales. En primer lugar, mientras en Schopenhauer la voluntad domina sobre la representación (que es su instrumento), en la filosofía india, lo contrario es posible. En segundo lugar esa esencia compartida, unidad de todo lo real, en Schopenhauer es negativa, ciega y avasalladora (ante ella sólo caben recetas luteranas: reprimir todo deseo o pasión), mientras que en las *Upanisad* se trata de un principio con algo más de atractivo. No obstante, a pesar de lo simplificadoras que puedan resultar dichas asociaciones, subrayan aquello que comparten ambas tradiciones: que la mente nos induce a ver los fenómenos de un modo condicionado que vela lo real y que el sabio es capaz de rasgar ese velo (aunque Schopenhauer no ofrezca instrucciones al respecto).

En el ámbito de estas particulares asociaciones, la voluntad cósmica fue para Schopenhauer un principio immanente y no trascendente, que se correspondía con la naturaleza primordial del *samkhya*. Una energía ciega contraria al espíritu puro, el testigo (purusa). Y es precisamente en esa «contrariedad», en esa oposición no resuelta, donde el filósofo revela que es hijo de su tiempo y del luteranismo. El apego por las cosas del mundo, que los budistas identificaban con el concepto de *upadana*, equivalía a su «voluntad de vivir», mientras que el karma era una voluntad individual sin intelecto. No obstante, el filósofo estaba convencido de que «por las venas del cristianismo corría sangre india» y que el conocimiento del pensamiento indio permitía acercarse más cabalmente al cristianismo. Y en cierta ocasión



«La mente nos induce a ver los fenómenos de un modo condicionado que vela lo real y el sabio es capaz de rasgar ese velo, aunque Schopenhauer no ofreció instrucciones al respecto»



Schopenhauer, «el más huraño de los filósofos», cuya locuacidad se reconstruye con acierto.

mundo académico, especialmente a los profesores de filosofía (gusanos que se alimentaban del cadáver del filósofo), pero amaba a Platón y Kant y se consideraba curado de fantasmagorías del primero gracias al segundo. Creía que los hombres habitan dos mundos, uno dominado por la razón suficiente, el otro libre de la tiranía del límite y la causalidad.

Fiel a su padre, comerciaba con las Indias orientales, pero no con especias sino con ideas. Ideas que llegaron escritas en latín de la mano de un francés. La versión de las *Upanisad* de Anquetil Duperron le impresionó profundamente. Llegó a confesar que fue la más gratificante y conmovedora de sus lecturas, que había sido el consuelo de su vida y lo sería de su muerte. Se trataba de una traducción del persa al latín que probablemente utilizaba la versión encargada por Dara Shikoh. Un triple desplazamiento (sánscrito-persa-latín-alemán) que inevitablemente dejaba muchas cosas en el tintero y suscitaba muchas otras. Hecho que no le impidió que tratara con sospechas, por su sesgo teísta y eu-

ropeizante, las traducciones directas que posteriormente hicieron Colebrooke, Röer y Roy. En 1816, mientras escribía *El mundo como voluntad y representación*, tuvo por primera vez contacto con las *Upanisad*, y en la segunda edición de su gran obra, encontramos ya adiciones y enmiendas que dan cuenta de sus avances indológicos. Había tesis fundamentales que casaban bien con el vedānta: la unidad fundamental de lo real, la representación como proyección de apariencias espacio-temporales (culminación del kantismo: cuyos a priori reducía a espacio, tiempo y razón suficiente) y la realidad de un deseo ciego (llamado voluntad, al hilo del *conatus spinoziano*) que no conoce propósitos ni direcciones y que le sirve para oponerse a Hegel (la historia como sinsentido). La realidad que vemos no es la verdadera y todas las diferencias

mencionó que albergaba la esperanza de que la sabiduría india produjera un cambio y una reorientación radical del pensamiento europeo. Sea como fuere, nunca consideró estas ideas como influencias o antecedentes históricos (del despliegue del Espíritu, digamos) sino verdades perennes que no conocen las restricciones de épocas o geografías. Duperron creía como él que los sabios de todas las épocas habían dicho lo mismo y por

»»